

caliente. Antes de comer, Jana levantó a la niña, retirándola. Un halo de felicidad la rodeaba. La comadrona notó esto y se dio cuenta de que Jana no estaba totalmente ciega, pues podía levemente distinguir la luz del día.

Tras su confinamiento, el rostro de Jana brillaba con una luz nueva. Feliz, se volvió más silenciosa que antes, excepto cuando entonaba cánticos a la nena. Cuando se aposentaba junto a la cuna, sus dos hijastros acudían a su lado; ella los abrazaba y durante una hora cantaba para ellos, hasta la vuelta de su esposo. Al ruido de sus gruñidos, Jana fruncía el ceño, pues no podía discernir desde lejos si estaba o no enojado.

Justo antes de Purím, el frío se volvió severísimo. Una mañana, Jana salió a recoger leña: una fuerte ráfaga de viento abrió la puerta exterior y sopló helada sobre la joven al levantar ella los trozos de madera con manos friolentas. En el momento en que el viento la envolvió la ciega comprendió por qué soplaban tan recio. La casa se levantaba a campo abierto, sin que nada cortara el aire. Con la leña en los brazos, Jana caminó hacia la puerta y prestó oído al sonar del viento sobre los campos. Escuchó entonces el suave rumor de los copos nevados golpeando contra su cara, y el zumbido del viento levantando la escarcha. Después de cada ráfaga, la mujer se agachaba, oyendo. Sentía que algo frente a la casa detenía el viento: Jana no podía decir exactamente qué era, pero tan pronto mejorara el tiempo se proponía explorar los alrededores de la casa.

Llegó el deshielo. Todo el día Jana escuchaba el agua escurriendo del techo. Un día Reb Isroel, gruñendo como siempre, dijo a su mujer: «Hay una epidemia de difteria en el pueblo». A la hora del almuerzo, días después, añadió: «Cada día mueren niños».

El trozo de pan se atragantó en la garganta de Jana. Aterrada, se preguntaba por qué le darían tan sombrías noticias.

Después de ello, la ciega prestó cada vez menos atención a sus ocupaciones. Se pasaba el día junto a la cuna, tocando constantemente la cara de la nena y vigilando su aliento. Estaba segura de poder detectar fácilmente la menor enfermedad.

Al volver su marido cada día del pueblo, le preguntaba sobre la epidemia que estaba diezmando a los niños. Reb Isroel gruñía y daba una contestación: «Los niños caen como moscas».

La fría respuesta hacía estremecer a Jana, calándole hasta los huesos. ¿Por qué suspiraba así el hombre?

Llegó la época de los calores. Grandes charcos se formaban afuera. Por las lentas pisadas de Isroel, la ciega adivinó que sus botas penetraban hondamente en el lodo. Cada mañana los pájaros cantaban ante la ventana y, al verlos, el niño mayor empezaba a saltar y a dar gritos. Mas Jana parecía sombría al lado de la cuna de su niña. No le había confiado a su esposo el raro presentimiento de su corazón. Pero un día, después de que él entró en la casa, limpiándose el lodo de las botas, las palabras largo tiempo contenidas brotaron de sus labios: «Mira a la nena, Isroel. ¡Creo que su respiración se dificulta!».

Apenas dijo esto, un hondo miedo atravesó su corazón. Angustiada, su cabeza gacha y los dedos firmemente entrelazados, supo que su hija estaba enferma.

Isroel no contestó, dejó su cayado en el rincón y empezó a lavarse las manos concienzudamente. Jana se sintió aliviada al ver que la enfermedad de la niña no alarmaba al marido.

La nena estuvo enferma durante varios días. Reb Isroel, sin embargo, siguió su habitual rutina. Se ocupaba de cosas triviales y pasaba mucho tiempo cortando los panes de azúcar en trocitos. La ciega, sumida en su angustia, ni cocinaba ni comía. Sentía un creciente rencor hacia su marido. ¿Por qué esta calma indiferente? ¿Por qué eran sus pasos pesados y calmos?

Finalmente no pudo aguantarse. «¡Asesino!» le gritó a Isroel, «Tienes ojos ¿no?, ¡Dime que le pasa a nuestra hija!».

Con un gruñido el hombre evadió a su mujer. Ella escuchó con ansia. ¿Se acercaría él a la cuna a ver a la nena? No. Isroel se había retirado, tomando el cayado del rincón y saliendo de la casa.

Esa noche los ronquidos de Isroel y el gotear del agua invadieron de ruidos la casa, mientras Jana permanecía incontables horas junto a la cuna escuchando la difícil respiración de su hija. Sabía que ésta iba a morir, y no tenía fuerzas para llorar. En una silenciosa oración, sus labios se movían constantemente: «Dejad que se acerque el enterrador! ¡No le daré a mi hija! ¡Que lo intente!». Sentada junto a la cuna, rezando con la cabeza inclinada, imaginaba que muchos años habían pasado ya y que ahí continuaría sentada para siempre.

Afuera, el agua seguía cayendo, pero el ronquido del hombre había cesado. Vacía la mente de todo pensamiento, su corazón duro y frío, la ciega inclinó aún más la cabeza y se sumió en el sueño.

Despertó inclinándose sobre la cuna. Silencio. No podía percibir la respiración de la niña. Escuchó un momento y luego se levantó y empezó a gritar.

Toda la noche lloró y gritó, sentada sola, sin darse cuenta de que su marido había salido. Hacia el alba, exhausta, Jana dejó de llorar pero no se separó de la cuna. Su pelo estaba en desorden, su cabeza se movía sin cesar y de cuando en cuando murmuraba: «¡Que se atreva a venir el cavador de tumbas! ¡Que se atreva!».

Se aproximó a la cuna a tocar a la niña muerta una vez más, pero estaba vacía. Un terrible aullido salió de la garganta de la ciega: «¡Isroel! ¿Dónde está la niña?».

No hubo respuesta. Temblándole el cuerpo, Jana tropezó hasta la puerta, gritando: «Isroel! ¿Dónde está mi niña?».

En el quicio se detuvo y esperó en silencio. Una gota de agua cayó del techo a su cara, animándola. La ciega escuchó los ruidos que venían del campo.

Siguió Jana el rumor, primero caminando, luego, corriendo. Cayendo y levantando fue disminuyendo su paso, tropezando a veces con piedras sueltas, hasta encontrar una gran roca... Sin pensar, extendió los brazos y paseó sus sensibles dedos sobre la piedra... Sacudida por su descubrimiento, la ciega dio paso a un llanto descorazonador, cuyos ecos rebotaron por todo el cementerio.

IAACOV SHTEINBERG